

HUMILDES PARAISOS.

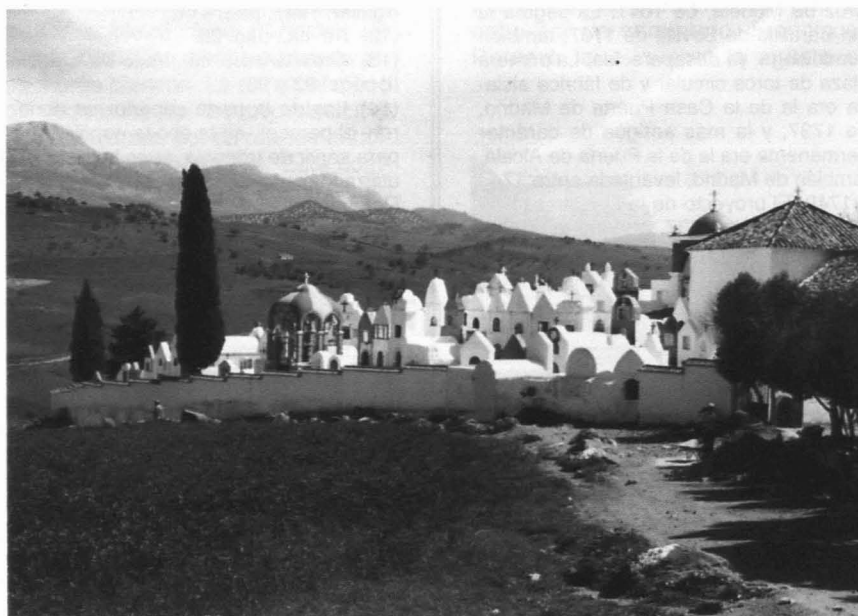
Formas arquitectónicas populares en los cementerios de la provincia de Málaga

FRANCISCO JAVIER RODRÍGUEZ BARBERÁN

Ahondar en la realidad de la arquitectura popular significa toparse con una dimensión telúrica del espacio humano de la existencia: es aquel área donde la habitación parece convertirse en un elemento más del entorno geológico y paisajístico, al que se suelda con un vigor inusitado. Sin embargo, no me corresponde en este breve artículo reflexionar sobre esta realidad compleja, objeto ya de numerosas investigaciones desde las perspectivas complementarias de la arquitectura o la antropología; me corresponde, en un ejercicio de espejos al que mi especialización me ha acostumbrado, asomarme a los espacios donde la existencia material de las personas se da por concluida: los cementerios.

Los orígenes de los cementerios contemporáneos arrancan del desarrollo del discurso ilustrado en la segunda mitad del siglo XVIII, con las

preocupaciones higienistas que ponían en tela de juicio la convivencia en las ciudades de los vivos y los muertos. A partir de ese momento —que en España tiene como referencia la Real Cédula de Carlos III de 3 de abril de 1787— va a iniciarse un proceso de segregación de los espacios funerarios del interior de las poblaciones. El proceso, que en las grandes ciudades españolas —y andaluzas en particular— significó la lenta pero efectiva construcción de nuevos recintos fúnebres con entidad arquitectónica perfectamente definida, no es homogéneo. Aparte de diferencias cronológicas sustanciales, el camino que va desde los cementerios parroquiales urbanos hasta los construidos en parajes ventilados —por seguir la terminología de la ordenanza carolina— se hace más difuso a medida que disminuye la importancia del núcleo de



Cementerio. Casabermeja (Málaga).

población estudiado. Son precisamente las pequeñas comunidades aquellas que suelen manifestar mayores resistencias al abandono de los antiguos espacios de la muerte y, en todo caso, suelen revestir a los nuevos de un aire de familiaridad con los anteriores: vinculación a algún edificio religioso preexistente —ermita o capilla rural—; formas de sepultura prácticamente idénticas a las que ocupaban el extinto parroquial; etc. En algunos casos, incluso, el enterramiento urbano no llega a clausurarse, y mantiene su convivencia con el lugar de la vida sin que el paso del tiempo perturbe su existencia al margen de los mandatos legales.

Este artículo tiene como intención fundamental moverse por este terreno incierto, que se aparta del camino de las necrópolis, convertidas en exquisitos catálogos a escala reducida de las pasiones eclécticas e historicistas —amén de raros excursus contemporáneos—; de éstas hay buenas muestras en la provincia de Málaga, como lo atestigua el Cementerio de San Miguel, en la capital, hoy seriamente amenazado y cuya continuidad debe ser garantizada por el bien de la memoria histórica de la comunidad. En las páginas siguientes van a preferirse las tapias enjalbegadas y las tumbas humildes sin grandes artificios; en ellas se vislumbra un pulso que no es el de la gran historia o el de los apellidos sonoros, sino el de la traslación al espacio de la muerte de formas de vida enormemente apegadas a su entorno.

No es una exageración decir que el conjunto de los cementerios de la provincia de Málaga posee una variedad tal que lo hace excepcional dentro del panorama andaluz. Desde la percepción global de los recintos hasta la peculiaridad de las sepulturas, la provincia de Málaga revela casi todos los matices de la forma de entender los espacios de la muerte en Andalucía. Es esto precisamente lo que hace a la provincia malagueña especialmente atractiva para un análisis que se escape del habitual para internarse por otros mucho menos hollados.

En las formas populares de entender los distintos espacios de la muerte en Málaga percibiremos ecos lejanos de las imágenes cultas, ya que lo popular suele atender a todas las fuentes disponibles a su alcance; sin embargo, la reelaboración de aquéllas, llevada a cabo por la actividad anónima de los más diversos agentes, la despojará de la condición primera, para ofrecérmola en un ambi-

to completamente distinto. También nos toparemos con otras realidades de mucha más difícil filiación, y habrá que atender en ellas a la influencia del entorno, o a circunstancias sólo valorables desde el ámbito etnológico o antropológico.

Sin embargo, la abundancia de signos que los cementerios nos ofrecen de forma fragmentaria ha de ser canalizada a través de alguna fórmula, pues de lo contrario se corre el peligro de dispersar la información hasta hacerla perder importancia. Debido a ello voy a optar, como en otros estudios semejantes que he llevado a cabo, por elegir un itinerario físico desde el exterior de los recintos hacia el interior, de lo general a lo particular de tumbas y sepulturas, convirtiendo el artículo en una suma de realidades sin ánimo, por supuesto, de exhaustividad.

La cerca es la frontera entre la ciudad de los vivos y la de los muertos. Sus perfiles son a menudo la imagen que permanece de los cementerios, y aunque en Andalucía suele apreciarse cierta homogeneidad en el tratamiento de la misma —tapia encalada, utilizando casi siempre los materiales propios de la zona— conviene hacer algunas precisiones para el caso de Málaga. Además del aspecto indiscutiblemente rústico que nos deparan algunos enterramientos —El Borge; Comares, con una adaptación ejemplar a su irregular emplazamiento—, hay que traer a colación la importancia que tiene en los cementerios malagueños la utilización de edificios preexistentes. Además de los casos de Alora y Casares, destaca sobre todos el de Benadalid, localidad de la serranía rondeña cuya importancia estratégica queda de manifiesto en la fortaleza que hoy ocupa el cementerio. En él se produce una ejemplar adecuación de lo ordenado por la legislación que arranca de Carlos III a la realidad: un espacio ventilado, separado de la población y cuya singularidad



Cementerio. Sayalonga (Málaga).

arquitectónica dota al cementerio de esa capacidad de connotación que le es inherente. Frente a las elaboraciones académicas de la arquitectura funeraria, tan habituales en los siglos XVIII y XIX, Benadalid ofrece un espléndido ejemplo de transformación de funciones, donde la razón práctica que suele acompañar a muchas manifestaciones populares se revela con singular economía de medios.

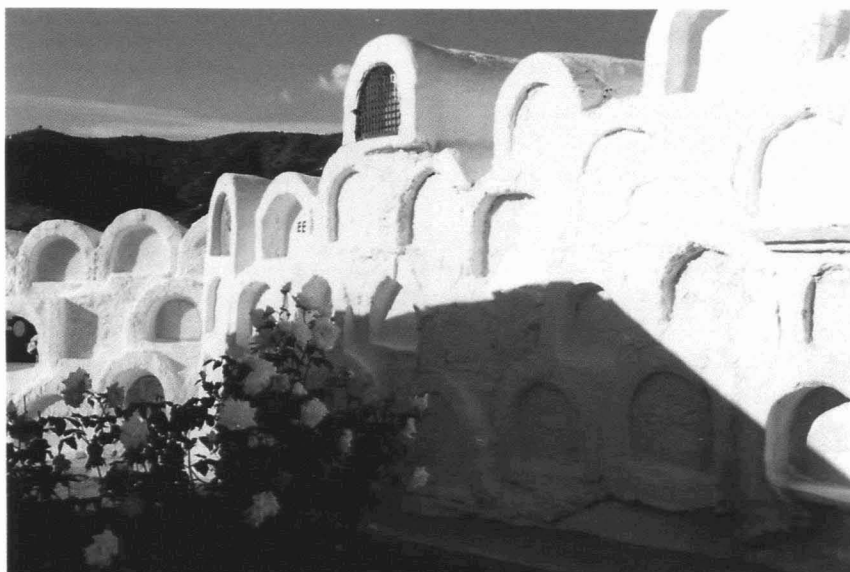
El caso de Benadalid, además, abre una línea de reflexión sobre la que volveré en ocasiones posteriores: la involuntaria poética de la muerte de muchos pequeños conjuntos funerarios rurales. Es evidente, como acabo de comentar, que las formas de lo popular cuentan casi siempre con unas posibilidades de expresión limitadas. Ello no entra en contradicción con determinadas concesiones al barroquismo, cuya raíz es de naturaleza compleja. Sin embargo, he de advertir que, en el caso de los cementerios, los mayores delirios suelen provenir del ámbito de la producción seriada: como veremos más adelante, los catálogos de los marmolistas y las empresas afines dan entrada en casi todos los conjuntos, por humildes y equilibrados que sean, a una rica iconografía kitsch que amenaza expresiones tan sutiles como la de Benadalid.

Esto nos conduce a un segundo ámbito, que sólo es perceptible cuando se ha superado la impresión primera de la cerca del camposanto y se han tenido de él varias visiones con diferente perspectiva: el planeamiento del recinto. En apariencia, éste es un tema que escaparía de la dimensión popular de los enterramientos que estoy contemplando hasta ahora en el artículo. Sin embargo, el difícil proceso que va desde los orígenes de los cementerios hasta su estado actual determina en muchos casos intervenciones que van más allá de los proyectos originales; como en el caso de la ciudad, los cementerios, ciudades-otras a fin de cuentas, experimentan procesos que escapan del control estricto del planeamiento para ingresar en una dimensión casi biológica. Ello es mucho más acusado cuando nos distanciamos de los grandes núcleos de población, o incluso de los de tamaño medio, para situarnos en el ámbito rural. Ahí, la espontaneidad del urbanismo y la arquitectura se palpa de inmediato, con sus aciertos y sus errores, pero sin duda como expresión directa de avatares cotidianos. Por ello son muchos los camposantos malagueños donde el posible rigor de los inicios ha cedido

ante la que podríamos denominar presión demográfica inversa, esto es, aquella que surge de la demanda del espacio último de la muerte, la sepultura. Las sucesiones de patios y de niveles, o las agrupaciones en altura de tumbas —como veremos más adelante—, que marcan a los cementerios de Alcaucín, Alora, El Borge o Cómpeta, nos hablan de las necesidades de una población. De esta percepción de los cementerios —y valga aquí la paradoja— como organismos vivos se obtiene en el mundo rural una dimensión que no es equiparable a la de las grandes necrópolis: mientras que en éstas el crecimiento trae consigo el establecimiento de una dialéctica centro-periferia entre las distintas zonas de los recintos, los cementerios rurales suelen ver enriquecida su imagen con el paso del tiempo, a pesar de las tensiones que le son inherentes.

No obstante lo anterior, existen algunos casos determinados en los que la comentada percepción del cementerio como un organismo no arranca de la metáfora, sino que lo hace casi de la mimesis. Es lo que ocurre al contemplar uno de los más peculiares cementerios de la geografía andaluza, el de la localidad de Sayalonga. Al margen del atractivo que su emplazamiento le confiere, aprovechando el carácter montuoso de la zona, la sorpresa nos llega de la propia entidad del cementerio: un espacio vagamente circular, rodeado de una sencilla tapia enjabelgada, alberga en su interior diversos grupos de sepulturas dispuestas por el perímetro —la ocupación del espacio central con bloques de nichos se debe a actuaciones recientes de dudoso interés—. Sayalonga se nos aparece como una reivindicación del anonimato creativo en los cementerios populares, como una sencilla Arcadia sobre la que pesa la amenaza de la desnaturalización. Y esta amenaza, simbolizada en las lápidas de mármol con columnillas y figuras de pésimo gusto, es aún más fuerte porque surge precisamente del mismo ámbito que hizo posible la espontaneidad del conjunto primero; en la actualidad, sin embargo, los influjos recibidos provienen de una cultura marcada por modelos de comportamiento ajenos a la tradición que sostuvo la ingenuidad que aún emana de este discreto recinto.

De todos modos, esta identificación entre la comunidad y el cementerio sigue siendo determinante en muchos casos. El cuidado de las partes comunes de los camposantos y de sus sepulturas es todavía, en los núcleos de población menores,



Cementerio de Sayalonga.

una costumbre arraigada más allá del periódico encuentro del mes de los Santos. En las ciudades, los individuos sólo sienten el cementerio como algo suyo cuando se produce la visita al mismo por razones de fuerza mayor, quizás con la única excepción de las fechas situadas en torno al primero de noviembre. El recuerdo a los difuntos pasa a ser una marca en el calendario, y la relación con el espacio fúnebre tiene lugar a través de intermediarios: la administración, como responsable del mantenimiento del cementerio; las empresas fúnebres, que actúan como filtro en el momento del fallecimiento del familiar o el allegado; personas anónimas, que han hecho de la limpieza de las sepulturas su modo de vida... De hecho, proliferan ya los lugares donde los ritos sociales que acompañan al duelo se desarrollan fuera de los muros del camposanto, como es el caso de los tanatorios. Éstos no cumplen con la misma función que la casa o la iglesia en los entierros tradicionales, sino que ofrecen una alternativa para quienes la visita al cementerio se convierte en un hecho desagradable.

Por contra, en el medio rural, la relación suele ser mucho más estrecha. El camposanto no es el lugar del exilio de los muertos, sino que es otro de los espacios de la vida de la comunidad. El vínculo entre las costumbres y los acontecimientos centrales de la existencia —desde el nacimiento hasta el óbito— con los ámbitos a los cuales se vinculan, se manifiesta de un modo que no entiende de segregaciones. No caben aquí las intermediaciones, y sí la relación directa entre los indivi-

duos y el lugar donde reposan los restos de quienes les precedieron en la construcción de la comunidad.

Esta idea del cementerio, no como un simple fenómeno de mimesis de modelos urbanos, sino como una extensión natural del espacio de la vida cotidiana, está presente en un buen número de poblaciones andaluzas. Sin embargo, nunca llega a alcanzar el grado de sublimación del que quizás sea el más conocido de entre los cementerios de la comunidad: el de Casabermeja. El perfil de sus bóvedas trasdosadas salpicadas de sencillos remates, percibido desde la carretera que acerca a los viajeros hasta la capital, resulta inconfundible. Existen otros cementerios de mayor valor histórico, artístico o paisajístico, pero la forma en que la



Cementerio de Casabermeja (Málaga).



Cementerio de Casabermeja (Málaga).

comunidad ha sabido interpretar una imagen mediterránea de la muerte resulta ejemplar en su sencillez. La muerte se aleja de la ostentación de lo privado: no hay lujosos panteones, pero tampoco sepulturas empobrecidas por el abandono. Nos impresiona el conjunto, más allá de las individualidades, y percibimos en él la blancura que desprenden sus muros antes que la dudosa elección de algún material impertinente. Por todo ello, no es difícil dedicar la última mirada de este breve artículo a Casabermeja: nada más alejado de una falsa concepción de lo popular que el sincretismo de su espacio, sagrado y profano por partes iguales, territorio de la vida y la muerte a un mismo tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Presento aquí una breve reseña bibliográfica que, desde lo general hasta lo más particular, puede ayudar a complementar algunos de los temas desarrollados en el artículo.

ACTAS del I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos. Una Arquitectura para la Muerte. Consejería de Obras Públicas y

Transportes de la Junta de Andalucía. Sevilla, 1993.

Ariès, Ph.: *L'homme devant la mort*. Paris, 1977. Ed. española: *El hombre ante la muerte*. Madrid, 1985.

CEMENTERIOS de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Sevilla, 1993.

García Millán, P.: «Los cementerios de la provincia de Málaga». *Jábega*. Málaga, 1975. núm. 9, págs. 43-51.

Metcalf, P. & Huntington, R.: *Celebrations of Death. The Anthropology of Mortuary Ritual*. Cambridge, 1991.

Rodríguez Barberán, F. J.: *Los cementerios en la Sevilla contemporánea. Análisis histórico y artístico (1800-1950)*. Sevilla, 1995.

Idem: *Et in Arcadia ego. Algunas reflexiones sobre el patrimonio de los cementerios*. Boletín Informativo del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. Sevilla, 1994, págs. 28-29.

Idem: *Sobre tapias, cipreses y cruces. Notas para el estudio de los cementerios andaluces*. Demófilo. Sevilla, 1994, págs. 121-137.

Saguar Quer, C.: *Carlos III y el restablecimiento de cementerios fuera de poblado*. Fragmentos. Madrid, 1988, Núm. 12-13-14, págs. 240-259.

Urbain, J. D.: *La société de conservation. Stude sémiologique des cimetières d'Occident*. Paris, 1978.

Vovelle, M.: *La mort et l'Occident. De 1300 a nos jours*. Paris, 1983.